

Frenar el ascenso de la ultraderecha

La reciente experiencia del ascenso de la ultraderecha en las elecciones presidenciales francesas, es una ocasión para hacer una reflexión en todos los países de la UE, aún en construcción y aquejados de parecidas enfermedades. Si hasta ahora los políticos han orientado su discurso a reforzar los derechos humanos como estructura común de la UE, es necesario que trabajen a partir de ahora en reforzar los símbolos básicos de cada país como estructura propia. De esa manera la desaparición de fronteras, la moneda única y otros cambios que se están produciendo no serán percibidos por los ciudadanos como pérdida de identidad nacional, y fenómenos como la inmigración, la inseguridad y la violencia no serán usados por algunos como caldo del cultivo de los movimientos ultranacionalistas.

Un terremoto político está recorriendo Europa, como si resucitaran sus peores fantasmas. El epicentro, como sucede frecuentemente, está en Francia, exportadora de la revolución y de la restauración con los «hijos de San Luis», del pensamiento más universal y de concepciones nacionales cerradas como las de *Action française*. En las últimas

elecciones presidenciales galas la mayor parte de los analistas y prácticamente todos los medios de comunicación daban por sentado que pasarían a la segunda vuelta el candidato neogaullista **Chirac** y el candidato de la izquierda plural **Jospin**. Pero, contra todo pronóstico, **Le Pen** desbordó en votos a Jospin y disputó el *ballotage* a Chirac, consiguiendo aumentar en la segunda vuelta los casi cien mil los votos obtenidos en la primera vuelta. Aunque tanto los partidos de derecha como la izquierda plural habían pedido el voto para su adversario Chirac con el único objetivo de bloquear el peligro de la ultraderecha, el crecimiento de esta indica que las consignas en uno u otro lado, o quizá en los dos, no fueron obedecidas. El resultado es que casi uno de cada cinco franceses ha elegido a Le Pen.

Desde Francia el ascenso de la ultraderecha, que ya cogobernaba en Austria, se ha extendido a Holanda y Dinamarca con brotes en otros países. ¿Cómo explicar este fenómeno, aparentemente contradictorio con sociedades que han hecho de los Derechos Humanos el nervio sustancial e irrenunciable de su ordenamiento jurídico?

El clima que hace crecer a la ultraderecha

Históricamente los partidos de ultraderecha han nacido de los integristas religiosos o nacionales, preferentemente en períodos de súbita decadencia. Así, Francia, tan orgullosa de su obra colonial-civilizadora como pregonó **Jules Ferry**, experimentó una fuerte sacudida en los años sesenta cuando el imperio colonial deja de existir, se cuestiona la francofonía e incluso se pierde Argelia que era la joya de la corona. Es entonces cuando **Tixier Vignancourt** logra articular un partido en el que encontraban su alma nacional los *pieds noirs*, los que afirmaban la superioridad de la Francia y la hegemonía indiscutible de la cultura francesa. No puede olvidarse que Tixier Vignancourt se aproximó por dos veces a los votos que entonces obtuvo **Mitterrand**. La ultraderecha actual no ha nacido de Le Pen, sino que es Le Pen el que ha nacido de una ultraderecha que ya se había dotado a sí misma de argumentos y apelaciones a la sensibilidad.

Frenar el ascenso de la ultraderecha

Por otra parte, durante las últimas décadas hemos asistido a un claro debilitamiento de la musculatura ética de la sociedad y predominan los ideales individualistas, de ascenso social rápido, de hedonismo y comodidad. Cuando esto se consigue, lo consideramos patrimonio exclusivo y tratamos de conservarlo como instrumento de superioridad. El desmoronamiento del bloque comunista ha representado también un debilitamiento de la crítica al capitalismo, posición en la que muchos ciudadanos satisfacen su compromiso ético. Esta sociedad no resulta atractiva ni para quienes la han erigido en su modelo de vida. El desencantamiento subsiguiente a la pérdida de ideales más nobles —religiosos y políticos— constituye el mejor caldo de cultivo para que crezca una ultraderecha que se presenta exigiendo gallardía y sacrificio por la colectividad nacional. Por eso no es de extrañar que la antigua izquierda, que está afectada de una profunda crisis de identidad, sea uno de los principales viveros de votos para la ultraderecha.

La plataforma universal de los ultra es el conjunto de frustraciones que toda sociedad sufre, especialmente aquellas que pueden representar un peligro para la comunidad nacional y a las que se les puede asignar, con razón o sin ella, un causante externo.

Viejas ideas en odres no demasiado nuevos

Las ideas fascistas, propuestas por Le Pen en Francia, Fortyu, en Holanda y Hider en Austria no son nada novedosas. Si Europa tuviera memoria, las oportunidades políticas de todas estas ultraderechas serían nulas; como parece que no la tiene en España, Portugal y Grecia donde la memoria es reciente. Pero da la impresión de que el recuerdo del nazismo y del fascismo es débil en el resto de Europa donde afloran las mismas ideas de antaño:

Xenofobia y racismo. Ven a los inmigrantes como elementos espurios que desvirtúan la pureza de sangre y de cultura que, por principio, hay que preservar a toda costa. De ahí las propuestas xenófobas que van

desde la integración obligatoria incluso contra los derechos y libertades fundamentales hasta propuestas de expulsión, asignación obligatoria de residencia o prohibición de residir en determinados lugares, denegación de permiso de trabajo, etc.

Orden y seguridad. Las situaciones de inseguridad son las más propicias para que el hongo fascista se desarrolle. Nada sorprende, por tanto, que prospere la ultraderecha en una Francia de principios del siglo XXI, donde más de cien institutos han tenido que ser custodiados por la policía para que los profesores pudieran dar clase y donde hay siete ciudades que mantienen el toque de queda nocturno para los menores de 18 años, porque no se puede andar con la mínima seguridad por sus calles, o donde unos jóvenes matan al padre de uno de ellos o un esquizofrénico ametralla a los asistentes a un pleno municipal.

Otros ingredientes. *El salir de la zona Euro, y sobre todo de Schengen, que son otras propuestas de Le Pen. Deben entenderse como parte de su programa de preservación del espacio francés y de los mercados franceses para sólo los franceses.*

Culpables somos todos

La sociedad, sobre todos los partidos políticos, son los máximos culpables del ascenso de la ultraderecha. El peligro ya se advirtió en las elecciones de 1998 en las que obtuvieron el primer puesto en varias circunscripciones y, si eso no se transformó en diputados, es porque no encontraron aliados para la segunda vuelta, algo similar a lo que ha pasado ahora y, probablemente, volverá a pasar en las próximas elecciones legislativas. Esta regularidad en el ascenso es explicable por la falta de inteligencia, de diligencia y de coraje moral de la derecha y la izquierda tradicionales.

Derecha e izquierda rehuyen ofrecer propuestas para los grandes temas nacionales: el patriotismo, la lealtad, los símbolos, la historia

Frenar el ascenso de la ultraderecha

como patrimonio común, los intereses nacionales, la seguridad etc. Seguramente, uno de los mayores males que hemos heredado de los fascismos es la memoria de que esos temas fueron precisamente sus preferidos y que, después de pasar por sus manos, los dejó en las nuestras como una patata caliente de la que queremos liberarnos a toda prisa, no por los temas en sí mismos sino porque resucitan una memoria macabra. Pero estos temas son racionales y sentimentalmente demasiado importantes como para que puedan eludirse por mucho tiempo.

Los antídotos

El ascenso político de la ultraderecha no es imparable. Sabedores de que sus planteamientos pueden ser derrotados, lo que nos corresponde es encontrar la inteligencia, la diligencia y el coraje ético para encontrar el antídoto.

Hay temas en los que la ventaja partidista nunca puede anteponerse a la solución racional del problema. Por ejemplo, la inmigración y la seguridad son graves problemas de estado y los partidos los esgrimen como armas arrojadas contra el adversario. La derecha tiende a endurecer regular y poner más policía, mientras la izquierda suele difundir el mensaje de que no pueden restringirse los derechos a la emigración; los primeros parecen extensiones de las comisarías y los segundos parecen predicadores de un irenismo ineficaz. Ninguna de las dos posturas es inteligente. Además de conducta perversa, suprema falta de inteligencia es reaccionar con las mismas armas: a la violencia de la ultraderecha jamás puede una sociedad democrática responder con violencia del mismo género.

El crimen es crimen, lo haga quien lo haga y sólo se puede vencer desde la decencia, el respeto a los derechos humanos y la justicia. El peor servicio que se ha podido hacer a la democracia ha sido el asesinato de del líder ultraderechista holandés, acto que, además de manchar las manos de supuestos demócratas ha tenido el efecto

boomerang de acrecentar los votos ultraderechistas. La ética democrática no permite tomarse la justicia por su mano. Esto, evidentemente, exige coraje ético para defender nuestros valores en privado y en público, en las tribunas y ateneos, en nuestras tertulias de amigos y en los medios de comunicación.

Todo el edificio democrático descansa en una educación que realmente prepara a la persona para ser ciudadano. Y ello exige educar para el compromiso social y político –con una bien controlada neutralidad partidista- desde la infancia. Evidentemente, esta educación para ser ciudadanos implica la construcción íntegra de la personalidad en lo intelectual, en lo social y en lo moral. ■